

Versaciones de un chupaplumas

Si soy capaz de saber cómo

[1]

Y, si no es capaz, puede contarle a su amigo la bronca que Sonia le echará por la tarde en el museo del Prado, frente a la fragua de Vulcano en concreto, por tener tan poquísimo seso y tan nulo sentido de la responsabilidad, tomando decisiones de tanta importancia y que afectarán de un modo tan esencial a, dirá, “las vidas de todos nosotros” e incluso, abundará, las de personas del todo inocentes que están lejos, tan tranquilas o tirando de sus propios



problemas como pueden o como su creador les da a entender, “y no tienen la menor idea — agregará — ni de nuestras existencias ni de los líos que nos traemos”.

— Con lo sencillo que hubiera sido que usted — le puede decir usted que le reprochará ella abanicándose con un periódico deportivo, doblado, que llevará bajo el brazo un hombrecillo de mono azul que tomaba un cortado en la barra — se inventara otro tipo de historia; de otras gentes que no fuésemos ni yo, ni mi marido, ni sus padres ni mis hijos ni nadie de nuestros familiares ni de nuestros conocidos ni de nuestro entorno. Y ahora — dirá usted que añadirá, mirando, en tono sereno doblando el periódico, cómo el hombrecillo sale por la puerta con su mono — pretende salir del embrollo en que nos ha metido a todos desviando la atención del lector, confundiéndolo de una forma del todo deshonesta con no sé qué bronca que, entérese, y vaya si es que quiere salvar su obra cambiando de idea, no pienso echarle y, menos aún, aquí, delante de todo el mundo y sola, o, bueno, con usted pero

Y ya tendrá usted puesto el “pero” y el “pero” es prueba inequívoca de que a continuación va a venir una argumentación que dé un juego, cuando desde su espalda le llegará la voz de Lola y, como su amigo al oírlo nombrarla parecerá salir de la modorra o desinterés en que lo venía usted viendo sumido, y de nuevo interesado alzará la mano derecha y con el índice marcará en el aire uno de esos puntos indefinidos que indican aquiescencia o que la ocurrencia es estupenda, querrá usted volverse para darle a ella las gracias por su aparición tan oportuna pero — un “pero” en el que con la euforia de ver a su amigo de nuevo ilusionado no habrá

Versaciones de un chupaplumas

Si soy capaz de saber cómo

[2]

reparado al oírla — no tendrá tiempo porque ella, una vez encarrilada, rematará su propio “pero” con... Pero va a quedar mejor presentado si lo transcribo exactamente como Lola lo dirá.

Es decir, así:

— Pero que es peor que sola “porque a ver cómo le explico yo a mi marido, después de haberle dicho que iba al colegio a hablar con el tutor del pequeño — *y usted escriba*, dijo Lola que dijo Sonia, dándose media vuelta para pasar a ponerse con la estantería, *no se me quede mirando con cara de tonto, que si se lo tengo que repetir no va a salirme igual* —, que he pasado la tarde con usted mirando cuadros”.

— “Es que lo lógico — *le contestará usted*, le dirá Lola, *y que perdone que se lo diga... que hay que ver la de polvo* que pasando la gamuza por los libros *cogen los libros, no sé para qué tiene tantos sin tiempo de leerlos con tanto escribir; perdone que se lo diga, pero usted es muy cartesiano y no tiene apenas imaginación* — cuando se está en un museo es mirar cuadros”.

— ¿Y qué hay de malo en eso? — Le dirá a su amigo que le responderá, es decir, le preguntará usted.

— *Pues eso precisamente* — seguirá contándole a su amigo que le habrá contestado Lola — *que cómo no sabemos si ella miente bien o no, lo más conveniente va a ser que tire usted por el camino fácil y diga sencillamente la verdad*.

— Pero es que yo — le dirá usted a su amigo que le dirá a ella, aunque sabiendo que al decirlo ella volverá a la carga con *¿lo ve?, ¿ve usted cómo tiene poquísima imaginación?*, que usted omitiría repetirle a su amigo no sabrá si por no resultar reiterativo o porque él no sepa que ella se lo habrá vuelto a decir, pero lo decidiría usted en otro momento por no perder ahora el hilo — no soy el tutor del niño, así que...

— Ahí iba yo — ella, Lola, que dirá que se cansa de dar tantas explicaciones y de ocuparse de que Sonia hable en cursiva, que va a acabar encima confundándose y sin saber ni ella misma quién dice qué —; que y mire usted que lo siento porque además de desdecirme, que un poco de rabia ya me da, dicho sea entre paréntesis (que usted no los pondrá, entendiéndolo que como son parte del su propio texto de ella no hacen falta) pero bueno...

—Y que — dirá Lola, justo en el momento en que el reloj de la iglesia de la una y ella colocará el último libro desempolvado en el estante y tirará de la lazada de su delantal —, ha sido mi error y justo es que cargue con la culpa, lo voy a obligar — que esto ya lo dirá, dirá usted a su amigo, subiendo la voz según vaya alejándose por el pasillo — a hacer un tachón

Versaciones de un chupaplumas

Si soy capaz de saber cómo

[3]

pero así son las cosas y, en fin, ella... o, no, espere, quizás mejor usted, usted la vio bajar del autobús y la siguió — y, ya regresando con su ropa de calle, que Lola lo hace todo muy deprisa y se aproximaba el repiquetear de sus tacones por el parque —: ¿Qué le parece?

Y que se plantará muy sonriente delante de usted con su bolso al codo, y encajándose los guantes que diga usted algo.

Y que usted la mirará, allí con su empaque y tan elegante como siempre; y que irá a decirle, eso, que está tan elegante como siempre. Pero que habrá terminado de ponerse el segundo guante y dirá “aunque de momento va a ser mejor que se quede donde estuviera y mañana me lo cuenta porque dependiendo del lugar en el que usted... o del que ella viniera y al que se dirigiese” ...

Pero que ahora tendrá que disculparla, que hoy ha llegado puntual y como comprenderá no tiene ganas de hacer horas extras.

— Porque usted, tan cartesiano — agregará, yendo a ponerse a su espalda para leer ahora sin disimulo ninguno (y que a usted no le parecerá mal entendiendo que estará fuera de su horario laboral) lo que haya escrito por encima de su hombro —, querrá saber por qué; y eso, como con lo complicado que va a ser meterle en la cabeza una cosa tan sencilla va a merecer un capítulo aparte, mejor lo dejamos para mañana que... déjeme ver — e irá deslizando su dedo enguantado uno por uno por los últimos renglones para detenerse en el parque —, sí, aquí está, que ha sido, tengo que felicitarle y darle las gracias por la parte que me toca (dirá), una idea fantástica porque se queda estupendo en un periquete con una pasada de mopa mientras que la moqueta y tanta aspiradora... Así que — concluirá diciéndole — va a sobrarme una hora que podré dedicar a su... ¿cómo era?, ¿magna obra?

Y con un escueto bueno adiós se girará y echará andar hacia la puerta.

— ¿Pero qué autobús? — Dirá usted que alcanzará a preguntarle.

— ¿Lo ve como no me escucha? — dirá usted que le contestará ella.

Y la puerta se cerrará, pero usted no tendrá por qué preocuparse, porque si atiende a mis humildes explicaciones sabrá usted, con toda seguridad y absoluta facilidad, continuar.

Y por lo del autobús no se preocupe, que se lo digo yo; el que más cerca le deja del museo del Prado desde aquí es el número 9.

Espero que le guste la comida; mañana tengo pensado hacerle ratatouille de primero, de segundo lomo de ciervo con manzana y castañas, y de postre baklava de pistacho.

María de los Dolores